

# Resonancias del Quijote en el siglo XXI

CAPÍTULO XXVI  
SEGUNDA PARTE



Comentario de  
Liliana Weinberg

Prólogo por  
Rodrigo Esparza



EDITORIAL  
DIGITAL  
TECNOLÓGICO DE MONTERREY

## Agradecimiento

La Escuela de Humanidades y Educación del Tecnológico de Monterrey presenta la serie de textos "Resonancias del Quijote en el siglo XXI" la cual fue posible gracias al programa **Pasión por la Lectura**, una iniciativa invaluable de la **Cátedra Alfonso Reyes**.

A los lectores que encuentren a Cervantes gracias a estos tomos, agradecemos su interés y esperamos que sirvan como motivación para conocer más de este ingenioso hidalgo, su fiel escudero y el resto de personajes que los acompañan en sus aventuras.



# El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

Por Miguel de Cervantes Saavedra

CAPÍTULO XXVI  
SEGUNDA PARTE



Serie "Resonancias del Quijote en el siglo XXI"

Pocos libros han cambiado, no solo la historia de la literatura, sino la forma en que los seres humanos nos percibimos y narramos. Un ejemplo de ello es *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, publicado hace más de cuatro siglos. Sus páginas llenas de desbordante imaginación, humor e ironía que siguen enriqueciendo la mirada de nuestra forma de estar en el mundo.

En el 2024 hemos elegido esta monumental obra de Miguel de Cervantes Saavedra como **libro del año** del programa **Pasión por la Lectura**, una iniciativa de la **Cátedra Alfonso Reyes**. Para ello, profesores de diversos campus del Tecnológico de Monterrey han seleccionado algunos capítulos emblemáticos y han escrito un breve prólogo que estimula su lectura, desde la mirada del siglo XXI.

Además, este año la Biblioteca Miguel de Cervantes del Tecnológico de Monterrey (Biblioteca Cervantina como cariñosamente la conocemos), la cual contiene una de las colecciones de Quijotes más importantes del mundo, cumple 70 años y hemos querido sumarnos a este aniversario propiciando la relectura de este título desde diversas perspectivas contemporáneas.

Es un placer invitarles a disfrutar de su lectura y a reapropiarse creativamente del humor y de las reflexiones de este libro imprescindible para comprender y ensanchar los horizontes de la condición humana.

Ana Laura Santamaría

Directora de la Cátedra Alfonso Reyes y del programa Pasión por la Lectura

Tecnológico de Monterrey

Por Liliana Weinberg, Consejera de la Cátedra Alfonso Reyes

Invito a leer el capítulo XXVI de la segunda parte del *Quijote* (1615), cuyas potencialidades estéticas se escaparon a varios de sus más grandes lectores, aunque no a Alejo Carpentier, y desde luego no al músico español Manuel de Falla, quien hizo su adaptación musical y teatral a través de “El retablo de maese Pedro, que trata de la libertad que dio don Gaiferos a su esposa”<sup>1</sup>.

El capítulo que comentaremos se titula “Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas”<sup>2</sup>. En él se retoma la llegada de don Quijote y Sancho a una venta donde se hallaba escondido nada menos que Ginés de Pasamonte, el malhechor a quien don Quijote había liberado entre otros muchos galeotes condenados, y cuya historia puede seguirse en el capítulo XXII de la primera parte de la novela.

Me interesa ahora centrarme en el capítulo XXVI, donde se narran los acontecimientos que tuvieron lugar en torno al retablo de títeres de maese Pedro (quien es en realidad el temible Ginés de Pasamonte). En él se representa, a través de una función de títeres, una historia de leyenda en torno al cautiverio y liberación de Melisendra, princesa cristiana que ha quedado prisionera del rey moro, rescatada por su esposo Gaiferos, y la persecución que sufrieron ambos en su huida por parte de su enemigo.

Allí asistiremos, deslumbrados, a un extraordinario efecto estético: una representación dentro de una representación. En efecto, tal como Borges lo señaló en “Magias parciales del Quijote” para la obra de Cervantes así como otras grandes obras de la literatura universal, y particularmente para la de Shakespeare y su *Hamlet*, que allí asistimos a la representación de una escena teatral cuyo protagonista asiste a su vez a una representación teatral<sup>3</sup>. Y en nuestro caso don Quijote, personaje de novela, asiste a una función de títeres que a su vez evoca romances y leyendas, así como confunde a los personajes representados con figuras de la vida real.

En cuanto al argumento de la obra de títeres, esta retoma una historia que circulaba en romances, que es a su vez representada en el retablo popular imaginado por Cervantes, y que se encuentra dentro de una venta que a su vez está dentro de una novela que a su vez está dentro de las páginas del libro que estamos leyendo, donde presenciamos una representación dentro de la representación dentro de la representación...

Don Quijote y Sancho asisten atentos a la función de títeres, que es acompañada además por las palabras de un joven que va relatando –con verbosidad, prolijidad y exageración–, la historia del cautiverio de la princesa Melisendra en la ciudad de Sansueña o Zaragoza, que en otros tiempos se encontraba en poder de los moros. Así dice por ejemplo el muchacho:

...Esta figura que aquí parece a caballo, cubierta con una capa gascona, es la misma de don Gaiferos; aquí su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto a los miradores de la torre, y habla con su esposo creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dicen:

Caballero, si a Francia ides,  
Por Gaiferos preguntad;

las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio...

El joven está reproduciendo a su vez fragmentos de diferentes romances de tradición oral sobre el mismo asunto, mientras el titiritero o, como lo llama Cervantes, “titerero”, mueve las figuras. De fuerte sabor popular, esa evocación del romancero y el cantar juglaresco, esos episodios caballerescos y ese prodigioso teatro de títeres nos revelan el imaginario de toda una época<sup>4</sup>.

Don Quijote escucha atento el relato del muchacho, que se va por las ramas una y otra vez, con exageraciones y excesos de detalle, algunos errados, que nuestro Caballero decide enmendar, y todas estas digresiones e interrupciones van haciendo aumentar la tensión y acabar con la paciencia de maese Pedro.

Nuestro caballero cree todo lo que ve y oye a pie juntillas, y decide ayudar a los personajes principales (Melisendra, quien estaba cautiva, y Gaiferos, su esposo, quien ha acudido a su rescate) a huir de la venganza del moro que no quiere dejarlos escapar y los persigue. Al hacerlo así, nuestro caballero desenfunda su espada y comienza su ataque contra los títeres, de tal modo que acaba por destruir el retablo y cortar la cabeza de varios muñecos. Maese Pedro, enojado, pide una recompensa por el desaguisado, y hay un segundo diálogo maravilloso en el que se mezclan, discuten y confunden el valor simbólico de los personajes y su valor monetario.

Este capítulo encierra tal densidad significativa que suelo volver a él en mis clases de literatura y de estética, para propiciar que los estudiantes se sientan deslumbrados ante él como yo misma quedo siempre fascinada.

En el momento mismo en que descubrimos que don Quijote, tan cautivado como lo está con la representación escénica del cautiverio y rescate de Melisendra, decide, confundiendo realidad y ficción, ayudar a los amantes a escapar de la persecución de los moros y, espada en mano, empieza a descabezar títeres y *fazer nuevos entuertos*, de tal modo que provoca nuestra risa más espontánea, hago que los alumnos se detengan y descubran que, al atacarnos de risa también nosotros, tan absorbidos por la lectura como don Quijote por la función de títeres... ¡hemos caído en la misma trampa! Porque si don Quijote confundió realidad y ficción, nosotros también lo hemos hecho. Tan vívido es el personaje de don Quijote y tan vívida es la escena, que ahora somos los lectores quienes acabamos por confundir realidad y ficción debido a que hemos sido cautivados por esa lectura gozosa. Es entonces cuando descubrimos, como en su momento lo hicieron Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, que el libro ha atrapado a sus lectores...

Nos reímos o nos compadecemos de ese personaje que confunde realidad y ficción, y tardamos en darnos cuenta de que, metidos en el mismo juego, nosotros también hemos confundido realidad y ficción: no fuimos menos ingenuos al creer que ese don Quijote que ataca a los muñecos es real. Nosotros, que nos creíamos lectores objetivos y distantes, hemos sido capturados por el juego y hemos caído también en la tentación de confundir nuestro mundo con el mundo del libro, convertidos, de maliciosos en crédulos, de adultos en niños, tragados por la obra de Cervantes.

El capítulo tiene tanta fuerza que se sostiene por sí mismo, pero a la vez forma parte de una trama mayor. Por eso invito a las y los lectores a responder a estas preguntas: ¿Qué elementos de dicho capítulo dan marco a la escena de los títeres y la reacción de don Quijote? ¿Qué relación guarda el personaje de maese Pedro con uno de los más temibles galeotes liberados por don Quijote en un capítulo anterior? ¿Cuáles son algunas de las formas de discurso y formas de representación que se entrelazan en este capítulo? ¿Por qué don Quijote se decide a defender al buen don Gaiferos y a la hermosa Melisendra? ¿Qué nos llama la atención respecto de la negociación por el pago de cada muñeco? ¿Qué efecto cómico se produce a partir de la confusión de niveles entre títeres, personajes legendarios, muñecos, doncellas, señoras y reyes?

Y nos atrae también esa trenza infinita entre alusiones cultas y populares, ya que en la representación que se hace en el teatro de títeres confluyen la historia de la ocupación musulmana de la Península Ibérica; el imaginario de la reconquista, que todavía seguía en pie en época de Cervantes y que desde luego llegó a América –pensemos, por ejemplo, en las danzas de moros y cristianos que pueden verse incluso hoy en distintas celebraciones populares–; en inmemoriales cuentos e historias de amor, cautiverio y rescate; en los romances juglarescos y populares; en el gusto de todos por los títeres y en nuestra universal fascinación por escuchar historias y leyendas.

Somos –lo dije una vez y lo reitero ahora– el pueblo del *Quijote*. Pocos símbolos, pocas experiencias, pocos guiños de complicidad nos unen todavía con tanta fuerza a los hispanohablantes como ese reconocimiento general del mapa de nuestras desdichas y celebraciones que se da a través de una misma lengua, de unas mismas claves culturales y de la fuerza liberadora propia de la imaginación que se nos da a través del *Quijote*. En la soledad de la lectura íntima y silenciosa nos invade la fuerza regeneradora del genio de Cervantes, de la risa liberadora propiciada por quien fue a su vez genial sentidor y portentoso combinador de los mil registros discursivos que sólo un libro es capaz de contener, que sólo un libro contiene.

## Notas

- 1.** Alejo Carpentier rinde homenaje implícito a este capítulo en una de las escenas de su *Concierto barroco* (1974). La representación de la obra de Manuel de Falla puede verse en internet: Melisendra: <https://www.youtube.com/watch?v=7cuUvzKzqsY&t=7s>
- 2.** Este capítulo es a su vez continuación del XXV, “Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino”, y encuentra su conclusión en el capítulo XXVII, “Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenía pensado”.
- 3.** Jorge Luis Borges, “Magias parciales del Quijote”, se publicó por primera vez en *Otras inquisiciones*, 1952, y fue reproducido en *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé, vol. II, pp. 45-47. Dice allí el escritor argentino que “Cervantes se complace en confundir lo objetivo y lo subjetivo, el mundo del lector y el mundo del libro”, p. 45.
- 4.** En efecto, la primera escena de la obra nos recuerda el comienzo del romance “Estando en prisión cautiva/la esposa de don Gayferos...” y se va entrelazando con otras composiciones que circulaban en la época. Los romances en que se basa la obra de títeres, acompañados por un pormenorizado comentario del especialista Diego Catalán, pueden consultarse en <https://cuestadelzarzal.blogia.com/2006/120601-gaiferos-libera-a-melisendra.php>

Por Rodrigo Esparza, profesor del Campus Puebla

**E**n no pocas ocasiones suelo dar inicio a mis cursos, independientemente de cuál sea la asignatura, con la siguiente pregunta: ¿qué es la realidad?

Sé de antemano que no recibiré alguna respuesta definitiva, ni que elaboraremos alguna que nos deje plenamente satisfechos, pero al margen lo anterior, la pregunta es planteada no por el afán de respuesta inequívoca, sino como un ejercicio de reflexión sobre aquello que damos por obvio, que asumimos por sentado que ahí está, y que, por ende, no requiere ser cuestionado, sino acaso asumido, en el mejor de los casos.

Pero ¿en verdad tenemos claro qué es eso que llamamos realidad?, ¿no será que más bien tenemos presuposiciones sobre ella, y las más de las veces, estas no son sino añejas convenciones a las que nos adherimos porque simplemente se nos hace creer que así es esta?

El capítulo XXVI “Donde le prosigue la graciosa aventura del titiritero, con otras cosas en verdad hartas buenas” de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* es un excelente pretexto para leer un texto que lleva tal título y así, replantearnos de nueva cuenta la pregunta ya señalada líneas arriba, a saber, ¿qué es la realidad?

Si la filosofía piensa la realidad y en la realidad hay tecnología, entonces es menester que la filosofía reflexione la tecnología. ¿Podríamos afirmar que la tecnología es una metáfora, acaso, del mundo? Y el arte, entendido también como una representación de la realidad, ¿no es acaso una metáfora de este? Empero, ¿cómo no perdernos entre el ámbito de la representación y la realidad de modo que no sepamos diferenciar la una de la otra? Tecnología, arte, metáfora, sin importar la secuencia, se funden y dan forma a nuestra humana realidad.

¿Por qué una representación de la realidad a partir de figurillas de pasta fueron lo suficientemente reales como para provocar la cólera al señor don Quijote, que con un altibajo a punto estuvo de cercenar la cabeza al maese Pedro si este no se hubiese encogido y agazapado?

¿Acaso las figurillas contra las que arremete y desfigura el Quijote son las formas simbólicas moriscas que rondan el contexto histórico de Cervantes?

Las posibilidades de pensar y de reflexionar la realidad son muchas, pero en pocas ocasiones nos permitimos explorar aquellas cuya génesis nos apertura una diversidad tan rica, tan exquisita en el simbolismo y en la pluralidad de elementos que nos facultan para hacer una lectura integral de nuestra humanidad, y con ello, repensar nuestra condición.

Aprovechemos tal oportunidad y permitámonos ingresar en la realidad de don Quijote.

## CAPÍTULO XXVI

### SEGUNDA PARTE

#### Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas

**C**allaron todos, tirios y troyanos,

quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo:

—Esta verdadera historia que aquí a vuestras mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las crónicas francesas y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos, por esas calles. Trata de la libertad que dio el señor don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España, en poder de moros, en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza; y vean vuestras mercedes allí cómo está jugando a las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está a las tablas don Gaiferos,

Que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y ceptro en las manos es el emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohíno de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale a reñir; y adviertan con la vehemencia y ahínco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el ceptro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dio, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corría su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

—«Harto os he dicho: miradlo.»

Miren vuestras mercedes también cómo el emperador vuelve las espaldas y deja despechado a don Gaiferos, el cual ya ven cómo arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y a don Roldán su primo pide prestada su espada Durindana, y cómo don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar; antes, dice que él solo es bastante para sacar a su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra; y con esto, se entra a armar, para ponerse luego en camino. Vuelvan vuestras mercedes los ojos a aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería; y aquella dama que en aquel balcón parece, vestida a lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía a mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No veen aquel moro que callandico y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren cómo la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da a escupir, y a limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren también cómo aquel grave moro que está en aquellos corredores es el rey Marsilio de Sansueña; el cual, por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad,

Con chilladores delante

Y envaramiento detrás;

y veis aquí donde salen a ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa; porque entre moros no hay «traslado a la parte», ni «a prueba y estése», como entre nosotros.

—Niño, niño —dijo con voz alta a esta sazón don Quijote—, seguid vuestra historia línea recta, y no os metáis en las curvas o transversales; que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y reprobaciones.

También dijo maese Pedro desde dentro:

—Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado; sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles.

—Yo lo haré así —respondió el muchacho, y prosiguió diciendo—: Esta figura que aquí parece a caballo, cubierta con una capa gascona, es la misma de don Gaiferos; aquí su esposa, ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante, se ha



puesto a los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dicen:

Caballero, si a Francia ides,

Por Gaiferos preguntad;

los cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio; basta ver cómo don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace se nos da a entender que ella le ha conocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcón, para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas, ¡ay, sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del balcón, y está pendiente en el aire, sin poder llegar al suelo. Pero veis cómo el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades: pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará o no el rico faldellín, ase della, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego, de un brinco, la pone sobre las ancas de su caballo, a horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, a causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada a semejantes caballerías. Veis también cómo los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis cómo vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de París la vía. ¡Vais en paz, oh par sin par de verdaderos amantes! ¡Lleguéis a salvamento a vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje! ¡Los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los días (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida!

Aquí alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo:

–Llaneza, muchacho: no te encumbres; que toda afectación es mala.

No respondió nada el intérprete; antes prosiguió, diciendo:

–No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa; que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan.

–¡Eso no! –dijo a esta sazón don Quijote–. En esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimías; y esto de sonar campanas en Sansueña sin duda que es un gran disparate.

Lo cual oído por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo:

–No mire vuesa merced en niñerías, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicísimamente su carrera, y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir; que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

–Así es la verdad –replicó don Quijote.

Y el muchacho dijo:

–Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes; cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan y cuántos atabales y atambores que retumban. Ténome que los han de alcanzar, y los han de volver atados a la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo, pues, tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda a los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dijo:

–No consentiré yo en mis días y en mi presencia se le haga superchería a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla; no le sigáis ni persigáis; si no, conmigo sois en la batalla!

Y diciendo y haciendo, desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó a llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando a unos, descabezando a otros, estropeando a éste, destrozando a aquél, y, entre otros muchos, tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo:

–Deténgase vuesa merced, señor don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta. Mire ¡pecador de mí! que me destruye, y echa a perder toda mi hacienda.

Mas no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos, dio con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras: el rey Marsilio, mal herido; y el emperador Carlo Magno, partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la ventana, temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mesmo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque, como él juró después de pasada la borras-

ca, jamás había visto a su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco don Quijote, y dijo:

–Quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer, de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; a buen seguro que ésta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, ¡viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra!

–¡Vivan en hora buena –dijo a esta sazón con voz enfermiza maese Pedro–, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey don Rodrigo:

Ayer fui señor de España...,

Y hoy no tengo una almena

Que pueda decir que es mía!

No ha media hora, ni aun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo, sin mi mono, que a fe que primero que le vuelva a mi poder me han de sudar los dientes; y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos, y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido a faltar su intención generosa, que sean benditos y alabados los cielos, allá donde tienen más levantados sus asientos. En fin, el Caballero de la Triste Figura había de ser aquel que había de desfigurar las mías.

Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole:

–No llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.

–Con que me pagase el señor don Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho quedaría contento, y su merced aseguraría su conciencia; porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño y no lo restituye.

–Así es –dijo don Quijote–; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro.

–¿Cómo no? –respondió maese Pedro–. Y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, ¿quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? Y ¿cúyos eran sus cuerpos sino míos? Y ¿con quién me sustentaba yo sino con ellos?

–Ahora acabo de creer –dijo a este punto don Quijote– lo que otras muchas veces he creído: que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que a mí me pareció todo lo que aquí ha pasado que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, don Gaiferos, don Gaiferos, Marsilio, Marsilio, y Carlo Magno, Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesión de caballero andante, quise dar ayuda y favor a los que huían, y con este buen propósito hice lo que habéis visto; si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen; y, con todo esto, deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas; que yo me ofrezco a pagárselo luego, en buena y corriente moneda castellana.

Inclinóse maese Pedro, diciéndole:

–No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mí de lo que valen o podían valer las ya deshechas figuras.

El ventero y Sancho dijeron que así lo harían, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo:

–Ya se ve cuán imposible es volver a este rey a su ser primero; y así, me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio.

–¡Adelante! –dijo don Quijote.

–Pues por esta abertura de arriba abajo –prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno–, no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo.

–No es poco –dijo Sancho.

–Ni mucho –replicó el ventero–: médiase la partida y señálensele cinco reales.

–Dénselo todos cinco y cuartillo –dijo don Quijote–; que no está en un cuartillo más a menos la monta desta notable desgracia; y acabe

presto maese Pedro; que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.

–Por esta figura –dijo maese Pedro– que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.

–Aun ahí sería el diablo –dijo don Quijote–, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos, en la raya de Francia; porque el caballo en que iban a mí me pareció que antes volaba que corría; y así, no hay para qué venderme a mí el gato por liebre, presentándome aquí a Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene a mano, ahora holgándose en Francia con su esposo a pierna tendida. Ayude Dios con lo suyo a cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana. Y prosiga.

Maese Pedro, que vio que don Quijote izquierdeaba y que volvía a su primer tema, no quiso que se le escapase, y así, le dijo:

–Ésta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servían; y así, con sesenta maravedís que me den por ella quedaré contento y bien pagado.

Destá manera fue poniendo precio a otras muchas destrozadas figuras, que después los moderaron los dos jueces árbitros, con satisfacción de las partes, que llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono.

–Dáselos, Sancho –dijo don Quijote–, no para tomar el mono, sino la mona; y docientos diera yo ahora en albricias a quien me dijera con certidumbre que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos.

–Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono –dijo maese Pedro–; pero no habrá diablo que ahora le tome; aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar a que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos.

En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía, a costa de don Quijote, que era liberal en todo extremo.

Antes que amaneciese, se fue el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya después de amanecido, se vinieron a despedir de don Quijote el primo y el paje: el uno, para volverse a su tierra; y el otro, a proseguir su camino, para ayuda del cual le dio don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver a entrar en más dimes ni diretes con don Quijote, a quien él conocía muy bien, y así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y a su mono, se fue también a buscar sus aventuras. El ventero, que no conocía a don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien, por orden de su señor, y despidiéndose dél, casi a las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir; que así conviene para dar lugar a contar otras cosas pertenecientes a la declaración desta famosa historia.



Esta es una publicación de la Cátedra Alfonso Reyes y Pasión por la lectura  
Escuela de Humanidades y Educación  
Tecnológico de Monterrey  
2024

Textos de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* tomados de [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

Declaración de uso sobre lenguaje inclusivo:

En el Tecnológico de Monterrey, las publicaciones académicas están formuladas en masculino genérico o masculino con carácter colectivo; por consiguiente, no solo se refieren a la población del género masculino, sino a la de todos los géneros que forman parte de la comunidad.

### **Cátedra Alfonso Reyes**

Ana Laura Santamaría, Directora de la Cátedra Alfonso Reyes y Pasión por la lectura

Perla Cano, Proyectos Editoriales de la Cátedra Alfonso Reyes

### **Editorial Digital del Tecnológico de Monterrey**

Ana Lucía Macías Chiu, Dirección Nacional de Desarrollo Cultural

Alejandra González Barranco, Líder de Editorial Digital

Elizabeth López Corolla, Coordinadora editorial

### **Innovación y diseño para la enseñanza y el aprendizaje**

Aracely Puente Martínez, Líder de Oficina de Proyectos, Planeación Estratégica

Amanda Gabriela Ortíz Terrazas, Gestor de proyecto

Norma Cecilia Padrón Estupiñan, Líder de Diseño e Innovación Gráfica, Producción y Diseño Creativo

María Isabel Zendejas Morales, Diseño editorial

### **Ilustración, Paul Martínez**

Obra editada, diseñada, publicada y distribuida por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin previo y expreso consentimiento por escrito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.

Editorial: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey

Ave. Eugenio Garza Sada 2501 Sur Col. Tecnológico C.P. 64700 | Monterrey, Nuevo León | México.

Resonancias del Quijote en el siglo XXI

<https://doi.org/10.60514/g58b-1j59>

Primera edición: febrero 2024.